

# **EPISTEMOLOGÍA Y CIENCIA**

## **CAPÍTULO 9**

---

**Vuelta atrás: Freud entre la ciencia**

Jeyson Ariel Ramírez Cortés



---

## CAPÍTULO 9

### ***Vuelta atrás: Freud entre la ciencia***

Jeyson Ariel Ramírez Cortés

Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-0038-3761>

#### **Introducción**

El presente escrito es resultado de un ejercicio de reflexión teórica por medio del cual se traza una parte del recorrido de las ciencias que se han dedicado a estudiar lo material como efecto del “beneficioso” dualismo cartesiano, procurándose un papel en las denominadas “ciencias duras”. Los científicos que han derivado de estas, son los mismos que han creído que Freud desarrolló su teoría a partir de especulaciones arbitrarias, omitiendo lo riguroso y fundamentado teóricamente en los campos científicos de su tiempo. Así, como influjo en su obra, se hará evidente la propuesta de la escuela de Helmholtz, por medio de sus maestros, directamente Brücke y sus ayudantes, Exner y Fleischl, e indirectamente Fechner con los desarrollos del principio de conservación de la energía. Por lo tanto, se hace necesario retornar a los fundamentos psicoanalíticos propuestos por Freud, en contraste con lo desarrollado por sus maestros, como posibilidad de brindar un abordaje epistemológico por el cual se pueda pesquisar su lógica. Todo lo anterior, enmarcándose en una mirada retroactiva que permita contemplar al psicoanálisis, no como una teoría cerrada, sino como un campo que puede nutrirse en la medida en que las diferentes disciplinas avancen.

*Hay una analogía de esto con las maquinas computadoras y los elementos de computación, en que también tienen muchas líneas, y que tienen algún tipo de elemento análogo, quizás a la sinapsis o conexión de un nervio con otro. Esto es una materia*

*muy interesante que no tenemos tiempo de discutir más allá – las relaciones entre el pensamiento y las maquinas computadoras–. Debe apreciarse, por cierto, que esta materia nos dirá muy poco acerca de las complejidades reales del comportamiento humano ordinario. Todos los seres humanos son tan diferentes. Pasaá mucho tiempo antes que lleguemos ahí. Debemos empezar mucho más atrás. Si pudiéramos siquiera deducir cómo funciona un perro, habríamos avanzado bastante. Los perros son más fáciles de comprender, pero nadie aun sabe cómo funcionan los perros.*

Feynman

Siguiendo la acepción de uno de los hombres más brillantes del siglo XX, es que se planteará la dirección que irá tomando el presente escrito. Está claro que Feynman conocía o había escuchado hablar de los trabajos de Pavlov sobre la experimentación animal y los estímulos condicionados, o al menos sobre los desarrollos de las teorías conductuales y computacionales, dando pie al reconocimiento de que tales discursos hacen sus aportaciones al estudio de lo humano. Así, tanto la teoría conexionista, basada en el fundamento fisiológico de operaciones y redes neuronales, como la teoría computacional que propone el modelo de la computadora para explicar el procesamiento de la información, nutren al campo de la psicología en función de lograr una comprensión del procesamiento cognitivo. No obstante, desestima que algo de eso pueda estar implicado en la complejidad del hombre, aun mas, que aquellos trabajos y demás sobre la conducta animal, puedan responder a cabalidad a la mitad del funcionamiento, si quiera, de los mismos animales. Es así que comprende su alcance y en consecuencia afirma que la complejidad que conlleva el caso humano radica en otra parte, cuya vía no está en esas formas de hacer psicología.

En ese sentido es que el presente escrito apunta a una vía particular de retornar a las complejidades que se plantearon en el inicio de algunas formas de contemplar lo psíquico, así como su

afán de hacer ciencia en un momento en que estas proliferaban. En consideración, aquello que nos interesa, se enmarca en el núcleo del origen del psicoanálisis frente a la aproximación de ese ser que aborda en tanto sujeto de la ciencia. Ello, de entrada, enmarca un nivel de explicación que circunda en el campo las ciencias y que hace posible repensar los fundamentos del psicoanálisis en la medida en que estas avanzan.

En relación con lo anterior, pareciera que la forma en que la psicología y demás detractores del psicoanálisis han omitido los desarrollos de Lacan, dejan entrever lo sesgados que se encuentran en su afán de cientificidad, habiendo hecho caso omiso a lo que este se procuraba hacer. Lacan (2003) lo denunció en su tiempo:

Éste es el problema de los fundamentos que deben asegurar a nuestra disciplina su lugar en las ciencias: problema de formalización, en verdad muy mal abordado. Pues parecería que, dejándonos ganar de nuevo por una extravagancia del espíritu médico contra la cual justamente tuvo que constituirse el psicoanálisis, fuese a ejemplo suyo con un retraso de medio siglo sobre el movimiento de las ciencias como intentamos unirnos a él. (p.273)

Parte de lo señalado en el fragmento anterior es lo que se proponía Lacan, a saber, saquear las ciencias y filosofías de su época en función de darle continuidad a las intelecciones *freudianas*. Ello por medio del surgimiento de la física moderna, la topología, la lingüística moderna, la filosofía, y demás campos de investigación que reformulaban lo que en el siglo XIX y principios del XX se suscitó. Tal y como lo menciona, es posible en la medida en que justamente, el psicoanálisis es producto de las ciencias que proliferaban en esta época y sus limitaciones. Así, se torna de gran importancia señalar lo que subraya Foucault (como se cita en Roudinesco, 1999): que el gran corte en la historia de la medicina occidental data del momento en el que la experiencia clínica se convierte en mirada anatomo-clínica y yo agregaría... fisiológica. Tanto la medicina como las demás ciencias, sentaban sus bases en lo físicamente observable y cuantificable, dentro de lo

cual se verá injustamente interpelado Freud, quien se encontraba a la altura teórica de quienes lideraban aquellos movimientos.

Todo lo anterior se planteará circunscrito en el horizonte que se propuso desde el inicio del escrito, esto es: empezar mucho más atrás como indicación de Feynman para pesquisar las complejidades que se encuentran más allá de las teorizaciones psicológicas y que fundamentaron el origen del psicoanálisis. Ello implica retornar a los planteamientos de Descartes en función de pesquisar los motivos por los cuales las ciencias denominadas “duras” ostentan su lugar, ya que, como se propondrá, de los planteamientos de este último derivan una multiplicidad de formas de “hacer ciencia” y campos científicos que procuraron mantener una división del mundo y del sujeto pasando por encima de las relaciones lógicas que este mismo reformuló.

### **¿Son dos, pero funcionan como uno? dualismo *cartesiano* y su repercusión en Occidente**

En la antigua Grecia se inició la separación que ha dado lugar a múltiples discusiones en los diferentes campos filosóficos, y que como tónica recuperamos en el presente escrito bajo la persona de Descartes. Nos referimos a la conocida separación que este hace de la *res cogitans* y la *res extensa* (sustancia pensante y sustancia extensa). Mediante una lectura rigurosa nos damos cuenta que el pensamiento *cartesiano* debe ser tomado, no sobre un solo punto de su obra, sino alrededor de diversos pasajes que revelan las progresiones y regresiones de su sistema filosófico, ya que de esta forma se pueden pesquisar las divergencias y convergencias a las que llega. Así, después de sostener algo tajantemente en un pasaje, en otro lo replantea de distinta forma. De lo contrario, en la lectura se puede caer en el impase de comprender que Descartes sostuvo a lo largo de su vida aquello que las disciplinas debaten en torno a su parcialmente leído dualismo. Con lo cual, de antemano propongo no perder de vista lo que ocurre en la sexta de las *Meditaciones metafísicas* donde encontramos:

Y aunque tal vez (o mejor, con certeza, como lo diré muy pronto) tenga un cuerpo al cual estoy unido de manera muy estrecha; sin embargo, como tengo, por un lado, una idea clara y distinta de mí mismo en cuanto soy una cosa que piensa y no extensa, y como, por el otro, tengo una idea distinta del cuerpo en tanto que es sólo una cosa extensa y que no piensa, es cierto que ese yo, es decir, mi alma, por la cual soy lo que soy, es entera y verdaderamente distinta de mi cuerpo, y puede ser o existir sin él. (Descartes, 2011: 211)

Vemos cómo se expresa parte de su argumento sobre el renombrado dualismo *cartesiano* en 1641, que no es propio de esta obra, sino que aparece anteriormente en 1637 en su “discurso del método”:

(...) conocí por ello que yo era una sustancia cuya esencia y naturaleza toda es pensar, y que no necesita, para ser, de lugar alguno, ni depende de cosa alguna material; de suerte que este yo, es decir, el alma por la cual yo soy lo que soy, es enteramente distinta del cuerpo y hasta más fácil de conocer que éste, y, aunque el cuerpo no esté, el alma no dejaría de ser cuanto es. (Descartes, 2011: 124)

Lo que plantea Descartes es sostenible mediante un ejercicio lógico en tanto que define las propiedades de cada sustancia de forma pretérita para advertir inicialmente su conocimiento sobre cada una, por lo cual, a raíz de que él es una cosa pensante, y conoce mejor eso que le permite pensar, la condición de existencia se encuentra en su inmanencia como sujeto, pudiendo ser ahí donde constata lógicamente su pensamiento. Es, a raíz de pasajes como estos, que algunas personas y disciplinas suelen cerrar el sistema filosófico de Descartes como extremo de su argumentación. Sin embargo se exhibirán otros fragmentos que permiten contemplar de otra forma al Descartes del dualismo.

No faltaba tampoco razón para que yo creyera que este cuerpo (al que con un cierto derecho particular llamaba

mío) me pertenecía con más propiedad y más estrechamente que ningún otro. Porque, en efecto, nunca podía ser separado de él como de los demás cuerpos; sentía en él y por él todos mis apetitos y todas mis afecciones; y, en fin, yo era afectado por sentimientos de placer y de dolor en sus partes, y no en las de otros cuerpos que estaban separados de él. (Descartes, 2011: 209)

El fragmento anterior se encuentra en la misma meditación de donde se extrajo la anterior de las meditaciones, por lo que pareciera que, si bien el sistema lógico de Descartes le posibilita prescindir del cuerpo para existir, sugiere que no concibe su cuerpo por fuera de sí mismo, teniendo en cuenta la extensión como propiedad de estos y el hecho de que pueda ubicarlos allende del que encuentra como suyo.

Los dos pasajes que propongo a continuación, nuevamente extraídos de la sexta meditación, pretenden mostrar que las intelecciones que van surgiendo en Descartes a lo largo de su caviar, permiten contemplar de múltiples formas las sustancias que, según concibe él, por medio de una particular unión, componen al hombre:

La naturaleza también me enseña por esos sentimientos de dolor, de hambre, de sed, etc., que no estoy solamente alojado en mi cuerpo como un piloto en su navío, sino que, más allá de ello, estoy unido a él muy estrechamente, y confundido y mezclado de tal manera que compongo con él como un solo todo. Porque si no fuera así, cuando mi cuerpo es herido no sentiría por ello dolor, yo, que no soy sino una cosa que piensa, sino que percibiría esa herida mediante el solo entendimiento, como un piloto percibe mediante la vista si algo se rompe en su barco; y cuando mi cuerpo tiene necesidad de beber o de comer, conocería simplemente eso mismo sin ser advertido de ello por sentimientos confusos de hambre y de sed. Porque, en efecto, todos esos sentimientos de hambre, de sed, de dolor, etc., no son otra cosa que ciertas maneras de pensar que provienen y dependen de la

unión y como de la mezcla del espíritu con el cuerpo (Descartes, 2011, p. 213).

Y también, como entre esas diversas percepciones de los sentidos unas me son agradables y otras desagradables, puedo sacar una conclusión por completo cierta: que mi cuerpo (o, más bien, yo mismo todo en tanto que estoy compuesto de cuerpo y alma) puede recibir diversas comodidades o incomodidades de los otros cuerpos que lo rodean. (Descartes, 2011, p. 213)

La sexta meditación lleva como título: “Sobre la existencia de las cosas materiales, y de la distinción real entre el alma y el cuerpo del hombre”, con lo cual, a partir de lo expuesto anteriormente, esa distinción del alma y el cuerpo, podría tomar más bien un sentido en el que se requiera distinguir ambas sustancias con la finalidad de estudiarlas, teniéndose como horizonte a sí mismo como compuesto de ambas. En consecuencia, la forma de operar de las sustancias sobre el hombre, comprometerían, entre otras cosas, su existencia. Sin embargo, los planteamientos de Descartes que demuestran la unificación cuerpo-alma, no se agotan en este momento de su vida.

Dos años después de haber publicado las meditaciones, Descartes es interpelado por la princesa Isabel de Bohemia, hija del rey de Bohemia, en su intercambio epistolar donde lo cuestiona, entre otras cosas, sobre su concepción del cuerpo y el alma, frente a lo cual responde: “pues que es tan claro el entendimiento de Vuestra Alteza que nada es posible ocultarle, intentaré explicar aquí la manera en que concibo la unión del alma con el cuerpo y de qué forma tiene ésta poder para moverlo.” (Descartes, 2011, pp. 553) Finalmente su explicación sobre la forma en que concibe la unión cuerpo-alma es planteada de la siguiente forma: “(...) por último, para el alma y el cuerpo juntos, sólo tenemos la de su unión, de la que depende la de la fuerza con que cuenta el alma para mover el cuerpo, y el cuerpo para influir en el alma, provocando en ella sensaciones y pasiones”. (Descartes, 2011, p. 553-554)

Ahora bien, habiendo pesquisado parte del sistema filosófico de Descartes, a lo que quiero llegar con todo esto, es a la pregunta de por qué imperó en Occidente la idea de que tal filosofía consistió en separar al hombre en dos sustancias que nada tienen que ver la una con la otra. Tal es así, que en el transcurso de la historia han surgido múltiples disciplinas que interpretan y ponen en práctica dicha presunción para sostener su cientificidad. Por más que éste haya lidiado con sus relaciones lógicas y en el final de su vida haya tratado de hacer confluír su sistema filosófico en una forma particular de unión entre la sustancia pensante y la sustancia extensa, de sus estudios se desprenden una multiplicidad de formas de explicar al hombre por vías contrarias, manteniendo la idea de una división tajante. Por un lado se erige el conductismo, sentando sus bases en “la psicología tal y como la ve un conductista”, donde Watson (1913) expone:

Parece que ha llegado el momento de eliminar toda referencia a la conciencia en la psicología; la época en la que ya no es preciso engañarse pensando que los objetos mentales están siendo objeto de observación. Nos hemos enredado tanto en cuestiones especulativas sobre los elementos de la mente, la naturaleza del contenido consciente (por el pensamiento sin imágenes, actitudes y bewusseinslage, etc) que yo, como experimentista, tengo el sentimiento de que algo va mal en nuestras premisas y en los tipos de problemas desarrollados a partir de ellas (p.4).

Además del fragmento anterior, quien haya leído el artículo en cuestión, también conocido como “Manifiesto conductista”, notará que Watson se dedica a desdeñar toda posibilidad de estudio de la conciencia y sus fenómenos, junto con los psicólogos que se dedican a ello. Así, se puede apreciar la forma en que las bases de una disciplina que pretende ser científica, se establece como heredera del dualismo cartesiano. Esto es, no tenemos necesidad de estudiar lo anímico ni los fenómenos que circundan alrededor del pensamiento, nos basta con estudiar lo corpóreo y mecánicamente observable para explicar la psicología del hombre, dentro de lo cual se pierde la etimología que denota la

misma palabra que contiene su estudio. Lo anterior nos remite directamente a lo que pareciera que fuera, no sujeto de estudio, sino objeto de investigación en esta forma de hacer ciencia, y es el organismo. De entrada, no hablamos de hombre o sujeto, sino que el estudio del organismo puede explicar el comportamiento humano. Watson (1913) mismo lo señala: “La psicología que yo intentaría elaborar tomaría como punto de partida, en primer lugar, el hecho observable de los organismos, tanto humano como animal, se adaptan al medio gracias a sus dotaciones de la herencia y el hábito” (p.6).

Ya el epilogo nos había dado una indicación de que esta forma de explicar al hombre por vía del animal no era sostenible, aún más, cuando la idea que impera es el estudio de los organismos en la explicación del caso humano.

Lo anterior nos lleva al segundo heredero del “apañado a estas alturas” dualismo *cartesiano*. En esta búsqueda por explicar lo que ocurre con el comportamiento y la mente humana, han surgido múltiples áreas de investigación que han sido nombradas en su conjunto: Neurociencias. Estas tienen como objeto de estudio el sistema nervioso, su estructura y operaciones funcionales en la búsqueda de su influencia sobre el comportamiento humano. En ese sentido lo traza un grupo de estudiosos en el tema:

Kandel (2000) y Crick (1999) plantean que el principal reto de las neurociencias es comprender cómo funciona el cerebro para producir mente y conducta. Debido a esto, existe una gran cantidad de investigación que busca comprender la relación entre cerebro y comportamiento. (Como se cita en Annicchiarico, Gutierrez y Acosta, 2013, p. 4)

A diferencia del conductismo, las neurociencias proyectan el devenir de lo anímico por medio de la fisiología del sistema nervioso. La lógica que estos campos de estudio mantienen, es el abandono de la metafísica u otras áreas filosóficas para pensar al hombre, tal y como ha tratado de hacerlo la psicología, en función de lo que ellos sostienen

como “un orgullo científico”. Es decir que las operaciones neuronales y el funcionamiento de las estructuras del sistema nervioso, pueden dar cuenta, tanto del estado mental, como del comportamiento humano, sosteniendo como resultado una concepción particular del hombre que es formulada a partir de su base biológica. En función de lo anterior, se torna imperante contemplar lo que ocurre con la psiquiatría organicista, uno de los dobleces que se desprenden del estudio de lo orgánico en el transcurrir del tiempo.

La psiquiatría organicista, seducida por el dualismo cartesiano, se ha empeñado en tratar lo anímico por vía de lo orgánico, comprendiendo la patología anímica como un desequilibrio exclusivamente en el organismo. Esto debido a los avances de las neurociencias y la aparición de la psicofarmacología como forma de contrarrestar los “desarreglos cerebrales”. “Llamamos locura a esta enfermedad de los órganos del cerebro<sup>29</sup>... Los Problemas de la locura rondan la materialidad del alma”

|(Foucault, 1993, p. 39). No es un misterio lo que ocurre con la medicación farmacológica para tratar al hombre, incluso cuando la ciencia que se encarga de tratar sus vicisitudes anímicas tiene como horizonte restaurar la fisiología neuronal a un estado “normal”. La terapéutica se presenta siempre como un intento por restaurar lo “normal”<sup>30</sup>. Esto no solo aplica para la psiquiatría, sino también para la psicología y sus modelos cognitivo conductuales, donde la cura radica en eliminar los errores cognitivos causantes de conductas “disruptivas” en la búsqueda del bien estar. Tanto la psiquiatría, en su consideración de un sujeto pensado mediante desequilibrios fisiológicos del organismo, como la psicología cognitiva con sus técnicas de estabilidad emocional, comportamental y cognitiva, lo que radica en la base de su proceder es la ostentación de una fundamentación material que las

---

29 Voltaire, Dictionnaire philosophique, artículo “Locura”, ed. Benda, t. I, p. 285. (citado en Michel Foucault, Historia de la locura en la época clásica, 1993)

30 Dominique Lecourt: La historia epistemológica de George Canguilhem. (Prólogo a la obra: Lo normal y lo patológico; Canguilhem 1971)

sostiene; ya sea la operatividad del sistema nervioso en la una o lo mecánicamente contrastable en la otra. Ambas se apuntalan en la ilusión de una realidad substancial y concreta. Sin embargo, esta comprensión y estudio del hombre no son fortuitos, más bien, como herencia de determinadas relaciones entre lo anímico y lo cerebral, es acarreado por una historia que lo mantiene así.

Foucault (1993) sigue la historia de la locura, de tal forma que deja en evidencia su concepción en el siglo XVIII en torno a la creencia de que el alma se encontraba relegada a los fenómenos del cuerpo y los sentidos, siendo canales que, viéndose perturbados, repercutían sobre lo anímico. Además de comentar que:

Si se intentara suprimir el ojo... Se demuestra con ello que “el alma está loca en sí misma”, en su sustancia propia, en lo que hace lo esencial de la naturaleza; y que “yo no tengo alma”, aparte de la que queda definida por el ejercicio de los órganos del cuerpo. (p.41)

Es decir que, de concebir al hombre a partir de estas sustancias, se confiere un predominio de lo corpóreo sobre lo anímico, quedando lo segundo a merced de la materia primitiva. Así, el estudio del cerebro, y no solo de este, sino también lo que circula alrededor de lo material, no deja de ser una herencia sobre la cual diferentes disciplinas encuentran su lugar en el campo de la ciencia. Es así que, en la medida en que el devenir anímico queda estrictamente determinado por el estrato somático, es que se acepta que puede existir una “armonía”.

Y así como el caminar es imposibilitado por la parálisis de las piernas, la vista nublada por la perturbación del ojo, el alma se verá afectada por las lesiones del cuerpo, sobre todo por las lesiones de ese órgano privilegiado que es el cerebro (...) (Foucault, 1993, p. 41)

Frente a lo desarrollado anteriormente queda a disposición del lector argumentar lo contrario respecto a las disciplinas emergentes en la modernidad, traídas a colación (el conductismo, las

neurociencias y la psiquiatría organicista). Éste podría proponer que no son dualistas, sino más bien monistas en su materialidad de estudio particular, sea este el cerebro, el organismo o la conducta. Sin embargo, a lo que se quiere llamar la atención es que en el monismo que sustentan (en la primacía de la *res extensa*) no deja de estar negado este otro aspecto de lo humano, como una ventaja para las mismas, tal como Llinàs (2016) señala:

En este sentido, la gran ventaja de la distinción consiste en no tener que apelar al alma para explicar el funcionamiento del cuerpo, como queda patente en el Tratado del hombre: El hombre máquina es un autómatas capaz de formar representaciones cerebrales (en la glándula pineal) y de generar una respuesta adecuada a estas representaciones sin necesidad de que inter venga la mente (p.440).

En medio de la negativa por apelar al alma y restringir el campo de estudio y explicación a una sola sustancia de orden material, no se subsana la división, sino que se priva, se elude, se evita, bajo el supuesto de subsumir una sustancia en la otra, o lo que es lo mismo, surge un “denominado” monismo con predilecciones.

Hasta aquí encontramos una base y cierto desarrollo frente a la temática en cuestión que evidencia particulares intereses y formas de concebir al ser, donde más material circunde su objeto de estudio y explicación del mismo, mejor será recibido en la comunidad científica. No es gratuito que algunas ciencias en su momento hayan pasado de la formalización que conllevaba su estudio, concebidas como “ciencias exactas”, a denominarse a sí mismas “ciencias duras” (ciencias naturales y físicas), mientras que otras recibieran el nombre de “ciencias blandas” (ciencias sociales y humanas).

Ahora bien, todo lo anterior en torno a la forma de concebir al hombre no había pasado desapercibido en las reflexiones de Freud. Desde temprano advertía que, entre otros campos del saber, la medicina se había procurado un papel fundamental en las ciencias, gracias a que los investigadores en la terapéutica del

hombre tomaron partido entre las sustancias en cuestión.

Así, Freud (1890) encuentra diferentes aspectos que explican el interés por lo somático en lugar de lo anímico, pesquisando que esta predominancia se podía evidenciar en dos grandes vertientes. La primera era que, durante los últimos 50 años, (abarcando la mayor parte del siglo XIX) los desarrollos de la medicina eran felizmente influidos por los descubrimientos de las ciencias naturales. Estas ahondaron en el edificio del organismo mostrando que se compone de unidades microscópicas (las células); se empezó a comprender en los términos de la física y de la química cada uno de los desempeños vitales (funciones), y a distinguir aquellas alteraciones visibles y aprehensibles en las partes del cuerpo que son consecuencia de los diversos procesos patológicos. Todos estos progresos y descubrimientos concernían a lo corporal del hombre; y así, a raíz de una incorrecta (pero comprensible) orientación del juicio, los médicos restringieron su interés a lo corporal y dejaron que los filósofos, a quienes despreciaban, se ocuparan de lo anímico.

Asimismo, revela que la otra vertiente por la cual la unilateralidad respecto de lo corporal se ha diseminado, ha sido porque la base somática es en sí misma un terreno mucho más firme que lo anímico, exponiendo que:

La relación entre lo corporal y lo anímico (en el animal tanto como en el hombre) es de acción recíproca; pero en el pasado el otro costado de esta relación, la acción de lo anímico sobre el cuerpo, halló poco favor a los ojos de los médicos. Parecieron temer que si concedían cierta autonomía a la vida anímica, dejarían de pisar el seguro terreno de la ciencia. (Freud, 1890, p. 116)

Vemos entonces a qué se debe que lo corpóreo haya tomado tanta prioridad en el tratamiento de las patologías que afectan al hombre y, entre otras cosas, el surgimiento del anhelo de la psicología por alcanzar ese terreno firme y seguro que la medicina y, especialmente, la psiquiatría, ostentan, dejando a un lado la cura desde el alma, por una cura desde lo orgánico. Ya que,

como se sabe, aquello no era lo que proponía Freud en el núcleo de *tratamiento psíquico (tratamiento del alma)*, todo lo contrario, a saber, que por ciertos recursos que influyen de forma inmediata sobre el hombre, se emprenda el tratamiento, ya sea de sus perturbaciones anímicas o corporales<sup>31</sup>.

Por otro lado, si bien las propuestas de Freud en torno a mantener una reciprocidad entre lo anímico y lo somático se encuentran alrededor de su obra, sus estudios y avances en los conceptos psicoanalíticos no dejaron de estar permeados por una necesidad de sostenerse en terreno sólido. Además de que, como se sabe, sus maestros, quienes realizaban investigaciones fisiológicas, energéticas y físico-químicas, influyeron enormemente tanto en su periodo prepsicoanalítico como en lo que devino alrededor de su obra.

### **Helmholtz y sus retoños o Freud y su obra**

La cuestión inicia con la escuela de Helmholtz, fundada por el físico alemán Hermann von Helmholtz y sus cuatro colegas: Erril Du Bois Reymond (1818-1896), Karl Ludwig (1816-1895) y Ernst Brücke, proponiendo que todo fenómeno de la naturaleza podía ser explicado por medio de leyes fisicoquímicas, acuñando así una forma de comprender la *physis*:

Tal como los cuatro científicos la habían concebido, la fisiología era *antivitalista*: nada hay en la materia viviente que no sea reducible a lo fisicoquímico. Era *dinámica*: el funcionamiento del organismo viviente se explica por la interacción de las fuerzas fisicoquímicas. También era *evolucionista*, pues dicha interacción explicaba la evolución de los seres vivientes. Por último, si era *materialista* en lo que concierne a la explicación de la vida, no lo era necesariamente en la explicación del espíritu... (Anzieu, 1988: p.62)

---

<sup>31</sup> Cfr, Sobre tratamiento psíquico (tratamiento del alma) (Freud, 1980) En: Strachey, J. (comp.) Sigmund Freud Obras Completas. Amorrortu editores, Bs. As. T. I.

Es decir que la fundamentación de esta escuela giró en torno a pensar todo organismo como un sistema sostenido por medio de fuerzas fisicoquímicas que se suscitaban en una dialéctica con la naturaleza, concibiendo lo humano como producto de ello. De lo anterior derivó parte de la época universitaria de Freud entre 1876 y 1882; época en la cual, si bien Helmholtz no fue su maestro directo, si lo fueron Brücke y sus ayudantes (Exner y Fleischl), con quienes trabajó en el laboratorio de fisiología, manteniéndoles un fuerte respeto como modelos (Freud, 1925).

Además de la fundamentación de su escuela y sus desarrollos en fisiología, Helmholtz, hizo grandes contribuciones a la física, especialmente a la termodinámica, con la postulación del principio de conservación de la energía, que hasta la época no estaba muy claro. Cabe recordar que este principio señala el supuesto de que la energía no se crea ni se destruye, sino que se transforma a través de una multiplicidad de estados. Ello, teniendo como premisa el hecho de que la energía comporta varias formas de manifestarse y que, las cantidades de estas, mantienen un total fijo en los sistemas cerrados que se formulan para estudio, es decir, que todo sistema físico mantiene un total de energía invariable, siempre y cuando no haya intercambio de energía con otros sistemas.

A partir de lo anterior, se hace importante mencionar otra de las fuentes que Freud tomó en la elaboración de sus conceptos: Gustav Fechner (1801-1887), físico y psicólogo alemán, quien posteriormente hará parte de la escuela de Helmholtz, siguiendo la dinámica de sus postulados. Reconocido por su elaboración de un nuevo campo científico, la psicofísica, expuesta en su obra magna *Elementos de psicofísica* (1889). Su intención con esta ciencia era demostrar una equivalencia entre los estímulos externos y las sensaciones, de tal forma que en la base de estas teorizaciones, existiera una ley que explicara matemáticamente la relación entre la naturaleza y el organismo. Así, fue el primero en aplicar a los organismos vivos el principio recién descubierto de conservación de la energía (Rodrigué, 1996), lo que le permitirá proponer una continuidad entre la inmanencia de energía de los estímulos y su homólogo en el organismo como repercusión de ellos.

El punto de partida fue la medida de la sensibilidad, que se había revelado como una constante. Si aceptamos, de acuerdo con Fechner, que las variaciones en las sensaciones (del mismo modo como las variaciones en los estímulos) se producen como resultado de la adición de sensaciones individuales, entonces podemos concebir una sensación mínima ( $\Delta E$ ), cuya suma determina la correspondiente intensidad de la sensación ( $E$ ) (Sprung y Sprung, 1983, p. 358).

No obstante, Fechner no solo se sirvió del principio de la conservación de la energía, sino también de la Ley del umbral, ya existente. Esta Ley enuncia que todo estímulo que alcance una intensidad ( $x$ ), superando un margen de sensibilidad, será experimentado en el organismo en forma de sensación. Como consecuencia de ello, el sistema nervioso en general, operará en forma de transductor, convirtiendo los estímulos externos en sensaciones experimentadas internamente, o en otras palabras: “los movimientos en el sistema nervioso dan origen a ideas” (Rodríguez, 1996, p. 26)

Ahora bien, surge una pregunta: ¿Qué tiene que ver esto con Freud y el psicoanálisis? Pregunta que transluce en la pesquisa de la causa *freudiana*. Todo lo que se entrelaza entre la representación y su afecto; niveles, cuantos de energía y tramitación de la misma, así como los procesos de funcionamiento del aparato psíquico, placer-displacer, tensión psíquica, tensión física y con ello todo lo que se elucubra en los mecanismos de formación de las neuropsicosis y neurosis actuales; proceso primario y proceso secundario, principio del placer y principio de constancia, devenir pulsional y equilibrio energético, etc., son producto de las ciencias de la época y los modelos sobre los cuales se apoyó Freud. Por ello, este mismo le devuelve el favor no solo a Brücke, sino también a Fechner, reconociendo la importancia que tuvo en su obra. “Siempre fui receptivo para las ideas de G. T. Fechner, y en puntos importantes me he apuntalado en este pensador”. (Freud, 1925, p. 55)

El soporte en sus maestros y modelos produce grandes frutos que, como reflejo, se vislumbran en primera instancia en su ambicioso

tratado sobre la psicología y los mecanismos cuantificables de lo psíquico: el Proyecto de psicología para neurólogos:

*El propósito de este proyecto es brindar una psicología de ciencia natural, a saber, presentar procesos psíquicos como estados cuantitativamente comandados de unas partes materiales comprobables, y hacerlo de modo que esos procesos se vuelvan intuibles y exentos de contradicción (Freud, 1895, p. 339).*

Recordemos además que el trabajo sobre la histeria que desarrolló con Breuer fue algo que no dejó de reconocer como importante para el origen del psicoanálisis. Este último, influido de igual forma por la escuela de Helmholtz, así como por Brücke y Fechner, desarrolló, entre otras cosas, una forma de concebir el movimiento energético en lo psíquico, tanto en el estado de ensueño como en el de vigilia. Freud, aun en 1915, reconocerá la importancia que tuvieron estas intelecciones sobre el movimiento energético que apuntalaba parte de su construcción teórica:

Desplazamientos y condensaciones como los del proceso primario están excluidos o son muy limitados. Esta situación movió a J. Breuer a suponer dentro de la vida anímica dos estados diversos de la energía de investidura: uno ligado, tónico, y otro móvil, libre y proclive a la descarga (...) Yo creo que este distingo sigue siendo hasta hoy nuestra intelección más profunda en la esencia de la energía nerviosa, y no veo cómo podríamos prescindir de él (Freud, 1915, p. 185).

A partir de las formulaciones anteriores, las cuales fueron llevadas a cabo desde temprano por ambos en *La comunicación preliminar* y los *Estudios sobre la histeria*, es que Freud desarrolló posteriormente los principios de flujo energético de su aparato, a saber: proceso primario y proceso secundario, respectivamente energía libre y energía ligada. Por otro lado, cabe tener en cuenta que lo propuesto por Freud sobre el placer-displacer, y lo que gira alrededor de la tensión psíquica y tensión física como mecanismos de producción del trauma (tempranamente en su obra) en las respectivas neuropsicosis y neurosis actuales, tienen como fundamento los desarrollos de Fechner sobre la conservación de

la energía que, siendo total, tiende a elevarse o disminuir conforme los estímulos externos y las mociones pulsionales provenientes de lo intrasomático, representan una inconciliación para el Yo. Con lo cual, lo novedoso (si se quiere) en este punto de las intelecciones de Freud será el conflicto de inconciabilidad, que se da entre las representaciones y los diques psíquicos (el asco, la moral y la vergüenza), que a su vez evidencia la extensión que lo psíquico puede causar sobre lo fisicoquímico. Ello demuestra el influjo de las teorizaciones fisiológicas de sus modelos en su iniciativa por crear teoría a partir de ahí, tanto así, que en el giro de 1920 traerá a colación sus bases sobre lo expuesto anteriormente:

Ahora bien, no puede resultarnos indiferente hallar que un investigador tan penetrante como G. T. Fechner ha sustentado, sobre el placer y el displacer, una concepción coincidente en lo esencial con la que nos impuso el trabajo psicoanalítico (Freud, 1920, p. 8).

Así, parte de la vida psíquica que describe Freud tiene como sustrato procesos físico-mecánicos, tanto en el sistema consciente como el sistema preconsciente-consciente. Por lo tanto, este reconocía el orden lógico y material que movilizaba su aparato, así como también lo psíquico e histórico que rondaba alrededor de sus representaciones; el complejo de Edipo, la sexualidad, la fantasía, lo social y la clínica, entre otras de sus formulaciones teóricas. De lo anterior se deriva una comprensión de sujeto que no solo está sesgado por la base firme que brinda la fisiología y su estatuto fisicoquímico, sino también que, aun viéndose tentado por terminar en una de estas fronteras, prefirió desarrollar su teoría desde ambas partes, teniendo en cuenta las limitaciones que estas mismas ciencias mantenían. Es así que, en el presente trabajo se trazó una mínima parte de su teoría y sus orígenes que, quizás los detractores que interpelan a Freud de absurdamente especulativo, y deberían revisar mejor la historia de las ciencias con una mayor rigurosidad, ya que, como producto de esta, no dejó de enriquecerse de los avances científicos. Así, los alcances que se lograron gracias al movimiento de las ciencias y la filosofía, de la mano de Lacan, por ejemplo, para replantear los fundamentos teóricos *freudianos*, *posibilitan* comprender un

psicoanálisis en contra de lo que muchos científicos y psicoanalistas mismos piensan, como una teoría cerrada. Todo lo contrario, el psicoanálisis no deja de ser producto de su época y, en tanto tal, se encuentra sometido al transcurrir de lo venidero: los avances en la lingüística, la semiótica, la física, la antropología, la fisiología, la topología, la filosofía, entre otros de los tantos campos de saber de los cuales se ha nutrido el psicoanálisis desde su inicio, configuran nuevas formas de pensar tanto el síntoma como cambiante de época, como el psicoanálisis como condición para pensarlo. Recordemos que Freud fue un investigador, que si algo enseñó, fue a confrontar la literatura, sirviéndose de ella.



## Referencias bibliográficas

ANNICCHIARICO, I., & GUTIÉRREZ, G., & PÉREZ-ACOSTA, A. (2013). Neurociencias del comportamiento en revistas latinoamericanas de psicología. *Avances en Psicología Latinoamericana*, 31 (1), 3-32.

Anzieu, D. (1988). *El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del psicoanálisis* [Vol. I]. México: Siglo XXI.

Descartes, R. (1637/2011). Discurso del método. En *Descartes* (pp. 99-153). Madrid: Gredos.

Descartes, R. (1637/2011). Discurso del método. En *Descartes* (pp. 99-153). Madrid: Gredos.

Descartes, R. (1641/2011). Meditaciones metafísicas. Seguidas de las objeciones y respuestas. En *Descartes* (pp. 153-415). Madrid: Gredos.

Descartes, R. (1643/2011). Correspondencia con Isabel de Bohemia. En *Descartes* (pp. 549-673). Madrid: Gredos.

Elisabeth, R. (1999). *La batalla de cien años: historia del psicoanálisis en Francia* [Vol. I]. Madrid: Fundamentos.

Fechner, G.T. (1889 – [1860]). *Elemente der Psychophysik* (Elementos de psicofísica). Leipzig: Breitkopf and Hartel.

Feynman, R. (1998). *Lecturas sobre física* [Vol. I]. Mexico: Addison Wesley Longman

Foucault, M. (1993). *Historia de la locura en la época clásica* [Vol. II]. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Freud, S. (1890/1986). *Tratamiento psíquico* (tratamiento del alma). En Strachey, J. (comp.) *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. I, pp. 111-132). Buenos Aires: Amorrortu

Freud, S. (1895/1986). Proyecto de psicología. En Strachey, J. (comp.) *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. I, pp. 323-437). Buenos Aires: Amorrortu

Freud, S. (1915/1984). Lo inconsciente. En Strachey, J. (comp.) *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. XIV, pp. 153-215). Buenos Aires: Amorrortu

Freud, S. (1920/1984). Más allá del principio del placer. En Strachey, J. (comp.) *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. XVIII, pp. 1-63). Buenos Aires: Amorrortu

Freud, S. (1925/1979). Presentación Autobiográfica. En Strachey, J. (comp.) *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. XX, pp. 1-70). Buenos Aires: Amorrortu

Lacan, J. (1953/2003). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos I* (pp. 227-311). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Llinàs, J. (2017). El cuerpo como máquina: la aportación del dualismo cartesiano al desarrollo de la ciencia moderna. *Daimon Revista Internacional De Filosofía*, 437- 443. <https://doi.org/10.6018/daimon/268851>

Rodrigué, E. (1996). *El siglo del psicoanálisis [Vol. I]*. Buenos Aires: Sudamericana.

Sprung, L., & Sprung, H. (1983). Gustav Theodor Fechner y el surgimiento de la psicología experimental. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 15 (3), 349-368.

Watson, B. (1990). La psicología tal como la ve el conductista. En J.

M. Gondra (Ed.) *La psicología moderna* (pp. 399-414). Bilbao: Descleé de Brower.